

El claroscuro homosexual en *El picadero*, de Adolfo Couve

Dr. Bernard Schulz-Cruz

Dept. of Critical Studies / University of British Columbia
Okanagan Kelowna, BC, Canadá
bernard.schulz-cruz@ubc.ca

En 1974 Adolfo Couve publicó El picadero, novela transgresora en su momento ya que en plena dictadura presenta la relación homoerótica del adolescente Angelino y el teniente Condarco. A cuatro décadas de su publicación, El picadero destaca como una narrativa rica en su prosa y con una apertura hacia la diversidad; sin embargo, al analizar los discursos de los personajes y del narrador, es aparente la incomodidad que a Couve le produce el tema de la homosexualidad, al delinear y borrar en un claroscuro una relación tortuosa, asexual y condenada al fracaso.

En 2014 se cumplieron cuatro décadas de la publicación de *El picadero*, la primera novela del escritor y pintor chileno Adolfo Couve que vio la luz en 1974. La importancia de este texto no sólo radica en haber sido uno de las primeras obras literarias autorizadas bajo la dictadura de Augusto Pinochet, sino también en haber abordado la homosexualidad, en plena efervescencia del duro discurso patriarcal y militar, en uno de los peores momentos de represión a todo nivel, incluyendo el cultural, en la historia de Chile.

La novela, breve y un tanto confusa si se quiere, comienza con el relato de un joven adulto, en el Chile de los años 30, recordando sus primeras clases de equitación en un picadero cuando tenía unos doce años. El narrador recuerda cuando, entre lección y lección, se enamoró de Blanca, una mujer casada, cuyo hijo adolescente había muerto trágicamente. La memoria desencadena el relato de las

pequeñas historias de personajes, para quienes la heteronomatividad será la regla: el gobernador Zapiola se enamora de una mestiza, Blanca se encapricha con un muchachito, Sousa tiene varias amantes, Raquel se escapa con su profesor de piano, y Angelino se enreda con parisina. En el centro de esta danza de ilusiones, que terminará muy mal, se destaca como fuera de la norma la relación homoerótica de Angelino, hijo de Blanca, y Condarco, el instructor del adolescente en un colegio militar, quienes a su vez se ven envueltos en un torbellino apasionado que no conduce a ninguna parte.

La literatura muchas veces se encuentra en conflicto con su sociedad, y esta oportunidad lo fue más que nunca. Como bien afirma Manuel Alcides Jofré, ya las primeras novelas publicadas bajo la dictadura “rompen con el monólogo autoritario mostrando al público lector una ventana hacia un mundo diferente al de todos los días” (1985, p.332). El texto de Couve, escrito antes del golpe, al publicarse traía un poco de luz en un período negro en Chile, y a pesar de su pesimismo mostraba la imposibilidad de las relaciones humanas, de cualquier tipo que fueran, y en particular la de dos hombres enamorados.

Adolfo Couve, en ese entonces un joven autor prácticamente desconocido, fue quien contribuyera a reiniciar la narrativa chilena. Couve nació en Valparaíso en 1940. Realizó estudios artísticos en (Santiago, París y Nueva York). Su labor docente se extendió desde 1964 hasta el día de su muerte, siendo profesor de pintura e historia del arte y de estética. A pesar del reconocido talento plástico del artista, desde 1971 hasta 1983, abandonó la pintura para dedicarse a la literatura. A partir de 1983 retomó nuevamente la pintura, pero sin dejar de lado las letras. Como escritor perteneció a la Generación del 68 junto a Antonio Skármeta, Mauricio Wacquez y Carlos Cerda, entre otros, aunque dista mucho de ellos en su estilo narrativo.

El autor luchaba por alcanzar la expresión perfecta de la mimesis a través de la literatura. Sin embargo, su creatividad se veía obstaculizada no solo por su enfermedad, sino que irónicamente por su otra obsesión, la plástica. En Couve se entremezclan tanto la pintura como la escritura, en un intento de resolver el problema de la representación de una realidad que le es inasible. Esta fue su continua lucha, viviendo y sufriendo la tensión entre las dos. Desgraciadamente se suicidó en 1998, dejando quince escritos, algunos, mal llamados

novelas, pues a mi entender, apenas alcanzan a ser unos cuentos largos. Su obra completa se resume en someras quinientas páginas.

En este trabajo intento estudiar “los procesos retóricos de un discurso silenciado por el orden social dominante” (Santana, 2008), en este caso, el discurso literario del deseo homerótico en *El picadero*, el orden social de Chile bajo la dictadura y la posición ideológica que asume la novela de Couve. Lo que me interesa indagar aquí es cómo un episodio de deseo homosexual se ve sometido a la inercia de los personajes gay, a su falta de agencia, y a su incapacidad de actuar, manifestando una especie de malestar que hace desaparecer a uno y morir al otro. Algunas legítimas preguntas que plantea la primera novela de Couve son: ¿Por qué dos personajes masculinos se enamoran y jamás pueden satisfacer su deseo homoerótico? ¿Cómo puede existir el deseo sin un cuerpo que lo provoque? ¿Por qué un autor y su escritura expresan y, al mismo tiempo, reprimen ese deseo?

Si en los 70, bajo el gobierno de la Unidad Popular con Salvador Allende, la homosexualidad no era parte del discurso público, mucho menos lo fue con el dictador Pinochet. Hoy en día, ya en democracia, la cuestión gay ha ido progresando penosamente. En las ciudades, en el nivel privado y en el de ciertas esferas públicas como las de la cultura y del arte, la identidad gay es al menos motivo de discusión, y ya no de tanta sospecha y rechazo, aunque en lo social y político quede mucho por remover, como lo ejemplifican el asesinato homofóbico del joven Daniel Zamudio y la falta de voluntad para aprobar el matrimonio igualitario. Pero al menos la literatura puede en alguna medida responder al “ethos homofóbico que poseen determinados grupos de la comunidad nacional, fundamentalmente porque consideran inviable una sexualidad por fuera de la heterosexual” (Rauld, 2014). De allí la importancia en abrir los closets culturales y volver a leer el pasado con nuevos ojos. Dados los cambios que se han venido dando, sobre todo en el ámbito de los derechos humanos y contra la discriminación, se hace necesario explicitar lo que ha estado en este closet literario de Couve, que se ha ido ensombreciendo con el paso del tiempo por el énfasis en lo que parece haber prevalecido para los críticos y académicos: la prosa y la aparente singularidad de este escritor.

Mi propuesta juega con la diversidad de los acercamientos teóricos a la cuestión homosexual o gay en la literatura. Ya que a mi en-

tender, no hay una última palabra sobre este tema porque como bien afirma Miguel Ángel Santana (2008):

La crítica reciente ha popularizado el análisis de las categorías sexuales de la identidad humana desde un punto de vista descentralizador y afirmativo. Así, la discusión sobre la representación homosexual en la literatura no explora más la factibilidad de su presencia sino los procesos retóricos de un discurso silenciado por el orden social dominante. Este avance, constituido sobre las propuestas teóricas de figuras canónicas en los estudios de género y mayormente agrupado bajo manifestaciones de la teoría queer, permanece fragmentado por las distintas vertientes críticas que lo constituyen.

Entonces me adentro en un estudio de la singularidad gay como referente para una lectura del Couve que se planta con su novela en plena dictadura. Es más, desconcierta hasta hoy que *El picadero* sea vista primordialmente como la visión de la decadencia de un mundo o simplemente un ejercicio de forma. A partir de *Alamiro*, su primer libro publicado en 1965, se ha tendido a privilegiar su prosa por sobre sus temas, con la excepción de la figura del niño en sus novelas, que merece capítulo aparte, como veremos más adelante. Por un lado, hace tres décadas, Manuel Alcides Jofré afirmaba que en *El picadero* hay “una obvia estigmatización del pasado sobre el presente. El resultado de este juego de espejos en la historia es la muerte de la estirpe aristocrática” (1985, p.343). Desafortunadamente, lo gay cae bajo lo estigmatizado. Por otro lado, en lo formal, no cabe duda que Couve, en su primera etapa, difería de las corrientes que se daban en ese momento, ya que adhería supuestamente a la llamada escuela realista de una manera obsesionada. Hasta hoy se escucha a académicos y críticos chilenos usar los abundantes calificativos de que es un realista fuera de su tiempo, un novelista a lo Flaubert, o que no puede definirse ni clasificarse en el canon de la literatura chilena. Alejandro Zambra es bastante elocuente cuando afirma:

En su momento, la crítica insistió en alabar la perfección formal de la prosa de Adolfo Couve: Ignacio Valente y otros reseñistas levantaron la imagen de un escritor extemporáneo.... Si de perfección formal se trata, sería preferible leer a Flaubert, a Henry James.... Los libros de Couve los leemos, más bien, porque, voluntaria o involuntariamente, el autor supo capturar aspectos relegados y esenciales del lenguaje y el paisaje chilenos. (2010, p.36)

Aunque lo anterior es debatible, lo que es seguro es la total falta de atención al tema de la homosexualidad en la obra de Couve. Sobre todo si se piensa que el autor volvería sobre lo mismo en otros escritos. Indudablemente esto delata el silencio cómplice y de cómo algunas imágenes gay en la literatura son ignoradas, privilegiando otros discursos, haciendo caso omiso de lo obvio. Como siempre, lo gay debe luchar por ser reconocido en sus distintas facetas, teniendo que autenticarse o defenderse en un espacio según las circunstancias sociales o políticas.

Al estudiar el tema homosexual en *El picadero*, por una parte, se amplía y enriquece la visión que se tiene de la obra de Couve y se la puede situar cuestionando el espacio tradicional del comportamiento de la masculinidad chilena, aunque al mismo tiempo tratando de ocultar lo evidente. Se observa la indefinición y cierto malestar del narrador en el tratamiento del tema de la homosexualidad que sume a sus personajes en la oscuridad. Valga decir que el episodio homoerótico en *El picadero* demuestra la lucha interna de un autor que nunca más volvería a intentar presentar el amor del mismo sexo de manera tan intensa.

Al privilegiar lo temático en la obra de Couve sorprende la presentación de la homosexualidad en *El picadero*, aunque no sea el tema principal de la novela. Al mismo tiempo que asombra el tratamiento que el autor le da a la relación sentimental entre el adolescente Angelino y su instructor, el oficial Condarco. A mi entender, cuando salió este libro en 1974, el homoerotismo entre estos personajes era transgresivo, lo que obviamente fue silenciado y relegado a un oscuro closet por la crítica de la época, con o sin la anuencia del autor, imposible saberlo. Lo transgresivo en literatura ya es un cliché, el discurso académico está saturado de calcos discursivos que no hacen sino revelar transgresiones por doquier. Pero si se contextualiza *El picadero*, podemos ver que más allá de la crítica a la aristocracia chilena, hay un evidente desenfado en esta pareja, aparte de que Angelino es menor de edad. Pero de partida esto se observa conflictivo, tal vez porque a Couve aparentemente le produce incomodidad el tema de la homosexualidad. Entonces surge la paradoja que hace que en su novela se lea la representación gay de dos maneras: como una defensa y un llamado a la comprensión y tolerancia del amor homosexual, por su luminosa aparición, o como

una imposibilidad en un mundo heteronormativo, por su oscurecido desenlace. Como si fuera una de sus pinturas, el claroscuro de Couve delinea y borrona.

Lo que despierta admiración en Couve, es la calidad literaria, formal, con que describe un espacio y, del mismo modo, la fina caracterización de los personajes. El ojo de pintor, artista consumado, no le falla. En ese sentido su escritura es meticulosa porque cada palabra debe estar donde corresponde. Además, es económica porque no se explaya más allá de acertar con ciertas imágenes, dejando nada más que un bosquejo de relato, aunque muchas veces insuficiente para continuar la lectura y tratar de darle algún sentido. La lógica interna de *El picadero* se basa en que el lector debe seguir las múltiples voces del narrador, navegando por una escritura que no es lineal, que cambia de espacios y temporalidad. La novela es irregular y hasta desordenada en su estructura. El dejo nostálgico del primer narrador en primera persona al comienzo, los desarticulados relatos que le siguen, los bruscos cambios temporales, el final que intenta justificar la irresponsable conducta de Sousa, padre de Angelino, no logran darle una unidad narrativa autorreferente. El lector debe intentar completar los huecos a ratos incomprensibles. Tómese por ejemplo el pasaje sobre el gobernador Zapiola y su amante mestiza, que a decir verdad, aunque bien escrito, no aporta en nada al conocimiento del drama de Blanca, ni del narrador-personaje, ni mucho menos del mundo sentimental de Angelino y Condarco.

La osadía de Couve al presentar a una pareja homosexual como parte de sus personajes es meritoria, tanto para la literatura como para la disidencia sexual, sobre todo en el momento oscuro que se vivía bajo los militares hace cuatro décadas. Ya antes había transgredido el discurso heteronormativo en *Alamiro*, donde con ambigüedad el niño protagonista se duerme en los brazos de un sereno del internado, lo que sugiere inocencia pero al mismo tiempo una atmósfera cargada de erotismo:

Al caer la tarde del domingo, mis padres y hermanos iban a dejarme al internado. Me compraban siempre un cartucho de calugas. Llorando las comía en el silencio de ese extenso dormitorio. Pasada la medianoche un sereno revisaba las camas enfocándonos con una linterna. Ahí se encontraba con mi mirada desolada. Me cargaba en sus hombros y me conducía a su cuarto en donde había

unos grandes acuarios iluminados. Los peces me dormían. (*Alamiro*, en *Narrativa completa* 2003, p. 25. En adelante todas las citas de los textos de Couve corresponden a *Narrativa completa*).

También en el siguiente pasaje se deja ver la desazón de un enamorado e indeterminado Alamiro, que aunque niño ya se asoma a lo erótico, fascinado por una otredad que lo subyuga:

En la caseta de un medidor de gas, dejé mi primera carta de amor.
 Al día siguiente en el mío encontré la respuesta.
 “Bésame como artista de cine”, me explicó.
 Apreté mis labios contra los suyos con fuerza.
 “Si me mandan a un colegio fuera de la ciudad, ¿vendrás a verme los domingos?”
 Sentí pavor.
 “Ven vamos al baño”.
 “No quiero” (*Alamiro*, p. 25)

Aquí se observa a un interlocutor secreto, ¿un hombre mayor? ¿otro estudiante?, que incita al niño a encontrarse en el baño luego de haberse besado con él. Este segmento abiertamente implica una sexualidad infantil polimorfa que lucha consigo misma en un mundo heteronormativo.

Con el tiempo en su obra se irán dando varias disidencias homosexuales, un subtexto o una mirada gay, con ambigüedad a veces, o explícitamente, como por ejemplo en *El tren de cuerda*, en que Pavel besa “apasionadamente en la boca, el busto de Augusto niño” (p.125), se traviste (p.129), o acaricia intencionadamente al resignado chico Anselmo (p.131); en “Balneario”, donde Angélica, la anciana narradora, difícilmente oculta una anhelante voz de un gay ya mayor deseando en la playa las “anchas espaldas, los brazos y cuellos atléticos” (p.308), pleno de frustración de un deseo imposible; o en el “El parque” donde Federico, un elegante joven de “belleza extraordinaria” (p.155) no ama a su mujer, lleva una doble vida, tiene una relación, levemente sugerida, con su chofer, aparte del misterio de otras cuantas infidelidades, como en una noche de escapada al conectarse con un extraño en un cine, y la perenne desnuda y sensual escultura masculina del *Perseo* de Benvenuto Cellini siempre presente, contemplando sus desmanes subrepticios. Además, qué duda cabe, no se puede dejar de mencionar el imaginario gay que la figura del niño angelical suscita en algunos pasajes de las cuatro novelas de

Cuarteto de la infancia. Ya lo advertía Ignacio Valente (1998): “¡atención a los niños de Couve!”.

De vuelta a *El picadero*, veamos en más detalle la trama que nos interesa. El mismo día en que Angelino, de unos quince años, se queda interno en el colegio militar de Predes, el recién llegado deambula por entre los que serán sus compañeros, esperando “establecer algún contacto o bien ser presentado” (p.64) para tratar de hacerse de amigos. En ese momento alguien deja caer una copa que se estrella a sus pies mientras le grita “¡Fuera intruso!” (p.66), lo que de verdad no tiene ningún sentido en el contexto de la narración, y que constituye uno de los varios problemas de la estructura narrativa en esta novela. Aquí, ante este recibimiento poco amistoso, el narrador interviene para remarcar que Angelino descendía de una gran historia, que lo vinculaba con el gobernador de la colonia de Chile, Zapiola (por supuesto ésta es gran una invención de Couve, no hay tal personaje histórico). Como Angelino pertenece a una clase consciente de su propia importancia y como por su educación está imbuido de un gran donaire, con frialdad aristocrática espera lo que vaya a acontecer. En ese instante el agresivo teniente Condarco se presenta frente al joven.

Para describir al oficial que ha humillado a Angelino el narrador le deja la focalización al adolescente, cuya mirada se posa sobre el ofensivo oficial: “observó Angelino a un joven de maligno aspecto, la nariz un tanto respingada y el rictus de la boca caído. Llevaba en la mano una baraja de naipes que movía con habilidad sorprendente” (p.67). El flechazo es inmediato. Ambos jóvenes se enamoran a partir de este encuentro y se verán envueltos en una conflictiva relación sentimental. La mirada del militar somete a Angelino, lo feminiza y masculiniza al mismo tiempo: “Tienes el cuerpo de una jovencita, pero eres de fierro por dentro” (p.67). Lo pone en el lugar de una chica, y al mismo tiempo le reconoce su masculinidad. Esta incertidumbre aparentemente descentra la relación que se da entre ellos, pero en realidad la reafirma. Es significativo que en ese diálogo el ser homosexual se confunda con la categoría de género, o en la limitante definición binaria masculino/femenino. Esto ocurre también cuando se enfrentan Condarco y Blanca, la madre de Angelino:

“Señora, ¿cree usted que yo soy una mujer?”

“Sí, eso creo” – respondió ella.... (p.72)

Aquí se añade otro ángulo al problema de resolver el deseo ho-
moerótico, como si hubiera una búsqueda de explicación a su accio-
nar, una especie de cuestionamiento de los personajes al amor de un
hombre por otro hombre. La relación entre Angelino y Condarco se
convierte en un juego en que el teniente se somete a la voluntad del
adolescente, a pesar de reconocer que quiere dominarlo, al mismo
tiempo que planea la conquista del objeto amado:

Hacía tanto tiempo que buscaba un ejemplar de éstos. Era tan fácil
derribarlos. Admitir, en primer lugar, todo lo que tenían a favor:
gusto, clase, cultura.... No desconocer ninguno de esos atributos,
pero al mismo tiempo no ceder nada en el campo de los afectos.
Halagar las maneras, explotar la falta de cariño. (p.69)

Como se ve, supuestamente, la estrategia del teniente Condarco
para seducir al joven queda de manifiesto al pensar que puede so-
meterlo a su deseo: "Por medio de halagos y favores debía subyugar
a ese necesitado y destruirlo cuando ya lo sintiera seguro" (p.69).
Sin embargo, al lograr que Angelino se enamore de él, se invierten
los roles: "una vez que gobernó la vida de Sousa, lo amó profunda-
mente y lo sirvió" (p.69). De rebelde opuesto a la clase de abolen-
gos de Angelino, Condarco se transforma en su sirviente y esclavo. Su
obsesión llega a tal punto que aun siendo el superior del adolescente
"le bruñía las correas del uniforme, amenazaba a sus compañeros o
interceptaba las cartas de su madre" (p.69).

Eventualmente Condarco visita al amante efebo en su propia
casa, para disgusto de la madre, que asombrosamente no cuestiona
la opción homosexual del hijo, sino a la persona que éste ha elegido,
y estamos hablando de un Chile en los años 30, la molestia de Blan-
ca es por la casta social del amigo de su hijo no por la orientación
sexual ni por la diferencia en edad. Condarco asume la posición de
lo abyecto en la medida en que es ignorado por Sousa, el padre de
Angelino, y despreciado por Blanca.

Si bien Angelino y Condarco están enamorados, no logran con-
sumar su amor. Es una situación totalmente frustrada para los per-
sonajes y frustrante para el lector, lo que al mismo tiempo remite a
la abstinencia sexual y a la asexualidad; en otras palabras, a la repre-
sión, al malestar de ser gay o de sentirse atraído a una persona del
mismo sexo. Couve presenta la relación amorosa como una de sub-
yugación, casi de padre e hijo, o amo y esclavo: "simbiosis entre pro-

tector y protegido" (p.69). De hecho, para Angelino, Condarco es una: "especie de hermano y padre a la vez" (p.69). Sin embargo, el ente activo, agresivo, posesivo, es siempre Condarco; Angelino, en cambio, es de una pasividad abismante. No obstante, el efebo rico y bello, se transforma en el amo, casi por derecho, aunque le sigue el juego a Condarco dejándose seducir por sus halagos: "En el fondo, Angelino se había imaginado la vida, por ello se dejó arrastrar por la pasión de Condarco, quien muy pronto exigió a su víctima lo que esta le debía" (p.67). Se deja querer, pero no es el actor de su propia vida. Todo el amor depende del ímpetu de Condarco. Los amantes no tienen relaciones sexuales ya que existe un gran bloqueo del encuentro íntimo; Angelino está lleno de temores porque "la masturbación y algunos inicios con criadas le demostraron que no era nada fácil tampoco ello" (p.70). Sabemos entonces que Angelino, pese a su juventud, ha experimentado su sexualidad. Por otro lado, Condarco está castrado simbólicamente. El narrador dice que: "Tampoco el sexo para él contaba. 'Nada con eso', repetía con una especie de orgullo" (p.70). Couve presenta al lector dos seres que se aman y que no pueden lograr ser uno. Curiosamente ni siquiera se plantea la pareja como una relación, y de manera cierta el Eros le queda prohibido.

Entonces no es tanto que los personajes sean asexuados, sino que hay un énfasis en la imposibilidad de un contacto corporal. La relación íntima entre los personajes nace de una homofobia internalizada, de un pánico a la homosexualidad, que no deja que se enamoren con todas sus consecuencias. Si bien su deseo representa la destabilización de la heteronormatividad, así como la penetrabilidad del cuerpo masculino significa la vulneración del sistema patriarcal dominante, todo esto se queda solamente en una gesticulación. Por eso conviven en un claroscuro el amor masculino y un sentimiento homofóbico al negarse la sexualidad de los personajes. Es una doble visión que incluye una fuerte y compleja aceptación del deseo homoerótico y, paradójicamente, la negación del mismo.

Siguiendo con la lectura, llama la atención también que no haya una descripción física detallada de los dos amantes, aunque es obvio que los dos hombres son totalmente diferentes y de distintos orígenes sociales. Lo poco que sabemos es que los dos personajes son diametralmente opuestos tanto en carácter como en apariencia. Con-

darco es un joven instructor militar, “de cabellos tan negros como las sombras de la noche” (p.67), debe su apellido a un cóndor, ave de rapiña. El nombre del adolescente Angelino refiere a un ser alado, un ángel. No se sabe cómo es, salvo que es rubio, además el narrador juega una triquiñuela al afirmar que Angelino “tenía mis ojos y mi frente, era de mi talla” (p.62), lo que no aclara nada tampoco porque nunca nos enteramos de cómo es el propio narrador.

Es obvio que lo que falta es el cuerpo físico deseable, condición sine qua non del deseo gay porque “es a través del cuerpo masculino que se construye el deseo. Ese deseo responde no exclusivamente al aparato biológico sino al contexto social y al significado cultural que se atribuyen al cuerpo y sus manifestaciones” (Toro-Alfonso, s.f., 5-6). Sin duda aquí hay un simulacro, Couve presenta el deseo latente en el texto sin que exista una imagen de ese cuerpo. Es como enunciar el deseo para luego negarlo, y para colmo sin sexualidad. De hecho, la relación es muy extraña, nunca se especifica la intimidad de los amantes ni con un abrazo o un beso. A pesar de la fuerte atracción entre ellos, ni siquiera saben cómo mantener y desarrollar ese amor. Ambos se autorreprimen, saben que se aman, pero no pasan más allá, pese a que Condarco se introduce al dormitorio de Angelino por la noche, aunque no para acostarse con él sino para ordenarle los zapatos, la mochila o los pantalones (p.72). Lo absurdo es que la estrategia de Condarco para conquistar el corazón de Angelino se contradice ya que solamente lo mira desde lejos mientras éste duerme. El encuentro erótico de los cuerpos jamás se produce dada la pasividad y la falta de agencia de ambos amantes. Tanto el acto de reprimir como el de explicitar los desvíos de la masculinidad, se ejecutan a través del juego narrativo que desubica a los personajes, Condarco desapareciendo por las noches y ocultándose en un bosque, y Angelino corriendo tras él (p.75), lo que por lo demás desconcierta al lector.

Couve, y no diré el narrador, no logra que Angelino y Condarco entren en una relación verdadera. La libertad de sus personajes se frustra en la violencia de Condarco, a su vez que significa la huida de sí mismo, su propio pánico a la homosexualidad, que solamente le permite ser un sirviente para Angelino, nunca su contraparte sexual. La personalidad violenta de Condarco y sus extravíos nocturnos parecen más de enojo consigo mismo: “Buscaba los bares solitarios y

dudosos, y cuando al amanecer lo expulsaban, volvía a entrar, pero esta vez de a caballo, destrozándolo todo” (p.71).

Por las noches Condarco se transforma en un arrebatado y errático pependenciero que lucha contra sus propios fantasmas, y que hasta se declara culpable de algo que nunca sabemos, pidiéndole disculpas a Angelino: “Es el único que puede perdonarme” (p.75). Esto sugiere el pecado, la incomodidad de los instintos, el malestar de un deseo, o de la identidad homosexual. Condarco sufre permanentemente de su disposición sexual supuestamente problemática.

Pero la relación se va deteriorando en la medida en que Condarco se va poniendo muy violento, lo que al fin va a destruir a la pareja. El teniente desaparece de la noche a la mañana pues como dice el narrador, de él “nunca más se supo” (p.73). Angelino, por su parte, que ha estado enamorado del teniente, experimenta tanto el amor por un hombre como por una mujer, aparece melancólicamente en un viaje a París, donde se enamora de Thérèse, pero todo termina cuando ella queda embarazada, y el joven responde pagándole un aborto y abandonándola. En París, Angelino, luego de haber estado enamorado de Condarco y haberse olvidado de él debe enfrentar su propia soledad y falta de amor. Su vacío existencial le hace enfrentar su carencia afectiva y acaba gritando: “¡No soy feliz! ¡No soy feliz!” (p.90), quizás dándose cuenta de que su fracasada relación con Thérèse resalta la ausencia de Condarco. La felicidad no es ella sino el amante ausente.

Finalmente, el regreso del adolescente al país significa su autodestrucción; es decir, Chile pasa a ser el lugar donde la identidad homosexual de Angelino no puede materializarse. Por eso es significativo que muera en un accidente. Su muerte violenta se intensifica cuando el narrador relata que el caballo “no sólo lo golpeó brutalmente, sino que lo arrastró colgado del estribo, dejando esparcidos los sesos y hasta el pelo en el sendero” (p.62). Esta atroz muerte de Angelino parece hacerlo pagar por una inexcusable culpa, en la larga tradición del personaje homosexual que debe morir violentamente (como el cura Deusto de Augusto D’Halmar o la Manuela de José Donoso). El caballo desbocado es la sexualidad reprimida que lo arroja de cabeza contra el suelo destrozándolo, aunque años más tarde cuando se destapa su ataúd, el cadáver incorrupto del joven simbolice su esencia mortificada por el sufrimiento, como la de un santo.

La novela es paradigmática de un período nefasto en la historia de Chile. Se dicen cosas pero se ocultan al mismo tiempo. Aparece en un mal momento, es transgresora y al mismo tiempo no lo es. La transgresividad del texto se da en que Angelino es un chico aristocrático descendiente de un gobernador de Chile, mientras que Condarco es un teniente de clase baja. El aristócrata homosexual pase, pero un militar homosexual es extraño en plena dictadura. La relación es un imposible, según el narrador, tanto el director del colegio militar como la madre de Angelino, “vieron en aquella unión la pobreza que significa la dependencia entre dos hombres” (p.67). No se sabe si es el narrador-personaje de *El picadero*, o un narrador omnisciente quien lo afirma. En todo caso, éste sugiere saber más de lo que parece sobre las relaciones homosexuales, tiene una opinión formada, más allá de lo que saben los propios personajes sobre sí mismos. Pero todo no pasa de ser un gran simulacro, aunque la heteronormatividad aparezca desafiada en el amor de estos dos hombres.

Cuando se publicó la novela en 1974, el primer año de la larga dictadura, todo estaba sujeto a la aprobación oficial, como nos recuerda el novelista Fernando Jerez: “Los pocos escritores que permanecen en Chile deben someter los textos que desean publicar a la consideración de un equipo de censores. Unos brutales funcionarios sin rostros rechazaban la edición de nuevas obras y la circulación de libros ya publicados” (p.106). El momento político y cultural era el peor en la historia de Chile. El discurso patriarcal de orden, patria y familia, hacía que todo se sometiera a la visión heteronormativa del régimen militar. Bajo estas circunstancias, irónicamente Couve publica *El picadero*, donde aparece esta relación homoerótica que a los censores supuestamente se les pasó; sin embargo, es más que probable que la novela fuera aprobada precisamente por no mostrar la sexualidad explícita de los personajes, y por reforzar la estructura de clase, donde todas las transgresiones se esfuman. El autor reconocía que los que se quedaron en Chile después del golpe militar tuvieron “que hacer obras muy bien hechas y pensadas para que resistieran una situación que era mucho más fuerte que la literatura” (Couve, 1998, p.62). La resistencia era relativa. *El picadero* abiertamente presenta una relación homosexual que sin embargo está condenada a fracasar. Sucintamente, desde el momento en que se conocen, los dos hombres se atraen mutuamente: “El amor de Sousa y Condarco

adquirió para ellos las proporciones de una aventura inigualable” (p.67), mas a partir del primer día “la relación se fue haciendo conflictiva y finalmente se deterioró” (p.71). Al cabo se produce una tensión homoerótica entre los personajes que no obstante se acalla con la desaparición de Condarco y la muerte de Angelino. Los personajes de Couve no crecen, se quedan sumidos en la heteronormatividad que los marca. Por eso, se trasluce un cierto malestar al presentar a Condarco que escapa a su propia creación como si fuera un animal más que un ser humano: “Perro Amarillo” (p.67). El teniente Condarco obsesionado con un jovencito menor de edad no es necesariamente un personaje estable. Se mueve alocadamente entre la pasión, la sumisión y la negación de sí mismo.

El picadero fue bastante elogiada en el reducido espacio literario chileno, como se puede leer en algunas reseñas de la época, en gran parte por la calidad de su prosa y porque no había mucho que se publicara dado el momento de oscuridad cultural que se vivía. Al revisar la crítica de los pocos periódicos autorizados por el régimen, no deja de llamar la atención que la mayoría hiciera vagos comentarios impresionistas sobre la escritura de Couve más que a sus temas. Sintomáticamente, no se mencionaba para nada el episodio de deseo homoerótico entre el adolescente Angelino y el teniente Condarco.

Por ejemplo, en el diario *La Tercera* se leía que Couve “desplegó con gran maestría

a sus personajes para dar forma a una especie de historia” (Quintana, 1974). En *El Mercurio*, Hernán del Solar (1974) sí indicaba parte de la trama, aunque comentando en sólo una línea que Angelino “se entrega a una mala pasión a que le guía Condarco” (p.D5). Nótese que el comentarista sugería la idea del corruptor que seduce a un inocente; de más está decir que esto no figura en la novela. En el mismo periódico, Ignacio Valente, decano de los críticos chilenos, afirmaba que Angelino es un “adolescente y débil, indeterminado”, y a Condarco ni siquiera lo nombraba, aun cuando en el libro hay un capítulo entero dedicado a él.

De más está afirmar que la sexualidad de un autor es apenas una parte de su identidad, mal podría adjudicársele a Couve intenciones al respecto. Sin embargo, en el acto de crear hay cuestiones que escapan a la conciencia. Para el autor y profesor costarricense Uriel Quesada (2004), el clóset de un autor “ilustra no solamente una forma de

abordar el oficio de escritor sino una actitud ante la vida y un paso hacia el entendimiento de la sexualidad como dimensión política”.

Es que no de no posicionarse ya voluntariamente o inconscientemente el mundo homosexual real y los personajes de un autor se complican. Por lo mismo, Quesada continúa:

Al hablar del clóset debemos pensar en un término relacional, una posición con respecto al entorno.... Uno entra y sale de él. Lo puede cargar como las ciudades malditas a las que se refería Kavafis; está en las conversaciones, en las miradas y hasta en la forma de sentarse. Por ello también bordea la esquizofrenia, la superposición de personalidades, la confusión entre lo que percibe el exterior y lo que nuestro fuero interno pretende preservar. Esa performance maldita procura invisibilizar al sujeto en pos de la tranquilidad, el respeto, incluso los grandes proyectos nacionales, aunque en el fondo lo que usualmente se encuentra es miedo.

Couve no era ajeno a las relaciones homoeróticas, al momento de terminar con su vida mantenía una relación homosexual con su pareja de muchos años. Aparentemente él era una persona muy privada, pero al mismo tiempo consciente de su preferencia sexual. La declaración que hace Carlos Ormeño, a quince años de su fallecimiento, es bastante explícita: “Después de su muerte se iba a saber que era homosexual, aunque siempre se supo, pero nunca se dijo. Para él eso era terrible. Odiaba ser homosexual”. Por lo demás valga decir que su orientación sexual no constituía un misterio para sus amigos y colegas, dentro del círculo en que se movía. También en una especie de pacto implícito con la prensa y los académicos, jamás nadie le preguntó públicamente sobre sus temas o personajes, o sobre su propia sexualidad, algo muy chileno, por lo demás, porque supuestamente en Chile, nadie se mete en la intimidad del hogar. Tampoco se puede encajonar la literatura de acuerdo con la orientación sexual del autor. José Donoso decía “no quiero que mi obra sea descrita como la de un escritor homosexual. No me gusta ese tipo de reducciones. Lo que me gustaría es que eso estuviera latente, que fuera algo que le diera volumen a mi obra” (Donoso, 2012).

Quizás se podría argumentar que debido a la dictadura, Couve no pudo explayarse en lo homoerótico y que la censura dejó pasar a los personajes gay porque eran lo suficientemente decadentes y negativos para que se condenaran solos. O bien pudiera ser que al-

gún censor cerró los ojos y Angelino y Condarco se salvaron. Pero lo que asombra más es que al estudiar la trayectoria de los temas de Couve, cuando Pinochet relaja la censura previa (que finalmente se elimina en 1983), o cuando hay libertad durante la democracia, a partir de 1990, no vuelven a incluirse relaciones homosexuales en su narrativa. La presunción de que el autor acallaba a sus personajes porque la censura les impedía vivir se desmorona.

Propongo entonces que el malestar de Couve no necesariamente es consciente, pero que hay un claro quiebre con lo que pueda parecer gay, y sin embargo todas las señas están plasmadas ahí. Él se pierde en la lucha entre las exigencias pulsionales de sus personajes y las restricciones impuestas por la cultura chilena. En resumidas cuentas, el problema central para sus personajes es su falta de agencia por la culpa del narrador que luego de lanzarlos a la vida de la ficción, los borra. Los personajes están condenados, uno a desaparecer y el otro a morir al caer de un caballo. Esto no quiere decir que Couve presente personajes homosexuales negativos, como se acostumbraba decir antes de la teoría queer; muy por el contrario, sino que su escritura revela un inconsciente que trata la relación homosexual como un problema, a pesar de que el narrador afirme: “El amor no necesita llamarse hombre o mujer” (p.67). Por un lado, el hecho de que Angelino, de unos quince años, se enamore de un hombre a sabiendas de que sus padres y de que todo el colegio militar se enterarán es asombroso, y una bocanada de aire fresco en el terrible 1974. Por otro lado, lo que sorprende es que la relación misma se halle diluida en unos personajes que jamás logran conquistar un espacio para sí mismos. Se me ocurre que a Couve le molestaba escribir sobre la sexualidad en general. Para un hombre que vivió en París y en New York, gay él mismo, esa incomodidad pasa por la culpa, por el pánico a la homosexualidad y el estigma social. Couve se contradice ante la ironía de saberse expuesto ante un público chileno para el cual, por lo demás, en ese entonces era prácticamente un desconocido.

La figura pública de Couve como recluso en Cartagena, aparte de ser la de un profesor universitario de estética, y un eximio artista plástico se mitificó. No obstante, sus señas de identidad homosexual nunca se dieron como en José Donoso u otros narradores, el tupido velo pudo más. Un ejemplo es su participación en el Congreso In-

ternacional “Juntémonos en Chile”, realizado en 1992. En la sesión en que le tocaba participar, “El oficio del escritor en la sociedad contemporánea”, se hallaban, aparte de él, los novelistas Mempo Gardinelli y Juan Pablo Sutherland, este último abiertamente gay. Allí Sutherland habló francamente de la homosexualidad, la literatura y la relación del escritor con el poder, mientras que en su ponencia Couve se explayaba en nebulosas declaraciones sobre el ser artista y evitaba hablar de la cuestión gay, concentrándose en comparaciones entre pintura y escritura (Díaz Eterovic, 1994, pp.138-151).

Llama la atención que incluso en nuestros días a Couve no se le mencione como a un autor que en su narrativa incursione en la homosexualidad. Sin ir más lejos, el propio Sutherland (2002) ni siquiera lo incorpora en su antología *A corazón abierto. Geografía literaria de la homosexualidad en Chile*, en la que presenta treinta y un fragmentos contra canónicos de sexualidades disidentes. Para Sutherland “determinados textos de autores como Donoso, Lemebel y Wacquez, entre otros, fueron los que desordenaron los campos del género, lo social y popular en Chile” (Sutherland, 2014), y Couve no cuenta para nada. Como he mencionado, de más está decir que los personajes de Couve no se parecen ni a los de Wacquez ni a los de Donoso, pero también están muy distantes del culposo cura Deusto de D’Halmar. El autor se conforma con un Angelino que vive en un mundo donde prácticamente puede hacer lo que desee, incluso enamorarse tanto de un hombre como de una mujer, pero en el último respiro pareciera que no sabe en qué dirección debe ir el personaje homosexual.

En 1972, Guy Hocquenghem (2009), decía en su ya clásico libro: “Lo que causa el problema no es el deseo homosexual, sino el miedo a la homosexualidad” (p.21). Para Couve la policía personal pudo más que la censura de la dictadura. Como hemos visto, el tema del deseo / amor / sexualidad entre hombres se tensa entre la resistencia a la heteronormatividad y la práctica discriminatoria del discurso hegemónico. Los personajes gay se disuelven en una escritura que se queda en la intención de proyectar un logos gay, para dejar paso a las vicisitudes de personajes que a duras penas pueden con sus vidas que se esfuman en la nada.

Condarco es como el doppelganger de Angelino, un doble en que se dibuja el alter ego del autor, o la sombra biográfica. Como ya se ha dicho hasta la saciedad, las iniciales de Adolfo Couve re-

saltan en varios de sus personajes en diferentes textos; claramente Angelino y Condarco lo simbolizan, A y C, dos caras de una misma moneda. Esto explica mejor todavía la lucha del escritor por traer a la narrativa a dos seres del mismo sexo que se aman. Estar y no estar. La identidad sexual por un lado, y cómo relacionarse con el mundo por el otro, parecen ejemplificados en esta tortuosa relación donde uno es un hombre violento y el otro es casi una aparición angelical. Ecos de luces y sombras geográficas del alma convulsionada en un negro año 1974.

Por último, para ser justo tenemos que admitir que en el análisis final, *El picadero* propone una dinámica donde dos jóvenes del mismo sexo se aman. Así se subvierten las conductas permitidas por la norma sociocultural. La suya era una postura que revelaba un tremendo temor al statu quo que lo hacía limitar la homosexualidad a un hecho estético. Por supuesto que Couve tenía todo el derecho a escribir de lo que quisiera, pero considerando lo poco que se sabe de su vida privada y el hecho de que haya referencias o imágenes gay desde su primera publicación, qué duda cabe que el malestar suyo era con la imposibilidad de enfrentarse a la heteronormatividad que guiaba los pasos de sus personajes. Al releer la novela después de tanto tiempo, podemos sentir la intensidad de la lucha entre Angelino y Condarco, el deseo de esa unión que nunca se alcanza. Aparte de sentir un extraño desasosiego al recordar esta escritura desafiante bajo la represión de Pinochet, a cuatro décadas de su aparición, *El picadero* revela que Couve transgredió el mundo heteronormativo marcando un deseo que no desaparecería bajo la dictadura. Sin embargo, la novela se ha quedado atrapada en el tiempo, a sus otrora subversivos personajes hoy no los reconoceríamos, ya no pertenecen a este siglo, porque se han disuelto en una escritura que se quedó en un escindido oculto en un claroscuro que Couve apenas pudo pintar.

BIBLIOGRAFÍA

- COUVE, Adolfo. *Alamiro*. En *Narrativa completa*. Santiago: Planeta, 2003.
- COUVE, Adolfo. "Autorretrato de artista". Entrevista por Claudia Donoso. En *Paula* Abril 1998. pp.60-64.
- COUVE, Adolfo. "Balneario". En *Narrativa completa*. Santiago: Planeta, 2003. pp.305-313.

- COUVE, Adolfo. "El parque". En *Narrativa completa*. Santiago: Planeta, 2003. pp.153-169.
- COUVE, Adolfo. "El tren de cuerda". En *Narrativa completa*. Santiago: Planeta, 2003. pp.107-152.
- COUVE, Adolfo. "El picadero". En *Narrativa completa*. Santiago: Planeta, 2003. pp.53-105. del Solar, Hernán. Reseña de *El picadero*. En *El Mercurio*. 29 diciembre 1974. p.D5.
- DÍAZ ETEROVIC y Diego Muñoz, Eds. *Juntémonos en Chile. Congreso Internacional de Escritores*. Santiago: Mosquito, 1994.
- DONOSO, Claudia. "Lihn no era malas pulgas, era muy delicado, dulce, era pura risa". En *The Clinic* 16 mayo 2012. <http://www.theclinic.cl/2012/05/16/lihn-no-era-malas-pulgas-era-muy-delicado-dulce-era-pura-risa/>
- HOCQUENGHEM, Guy. *El deseo homosexual*. Barcelona: Melusina, 2009.
- JEREZ, Fernando. "Generación del 60: Escribir en dictadura". En *Literatura chilena hoy: La difícil transición*. Eds. Karl Kohut y José Morales Saravia. Madrid: Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt, 2002.
- JOFRÉ, Manuel Alcides. "La novela en Chile: 1973-1983". En *Fascismo y experiencia literaria: Reflexiones para una canonización*. Editor Hernán Vidal. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies, 1985. pp.332-403.
- ORMEÑO, Carlos. "Los últimos días de Adolfo Couve." Entrevista por Roberto Careaga. En *La Tercera*. 8 junio 2013. p.92.
- QUESADA, Uriel. "El escritor y la experiencia del clóset". En *Istmo* 9 julio-diciembre 2004. <http://istmo.denison.edu/n09/foro/escritor.html>
- QUINTANA, Sonia. Reseña de *El picadero*. En *La Tercera*. 9 noviembre 1974. p.7.
- RAULD, Juan Carlos. "La comunidad homofóbica". En *El Mostrador*, 27 abril 2014. <http://www.elmostrador.cl/opinion/2014/04/27/la-comunidad-homofobica/>
- SANTANA, Miguel Ángel. "Homometrías: Representaciones de deseo homosexual en la literatura del Siglo de Oro español". Tesis inédita de doctorado. University of Texas at Austin. Mayo 2008. Recuperada de la base de datos (UMI 3422783) <http://udini.proquest.com/view/homometrías-representaciones-de-goid:758913004/>
- SUTHERLAND, Juan Pablo. *A corazón abierto. Geografía literaria de la homosexualidad en Chile*. Santiago: Sudamericana, 2002.
- SUTHERLAND, Juan Pablo. Entrevista por Omar Gómez. En *Ocio*. 2014. <http://www.ocioenlinea.com/node/25644>
- TORO-ALFONSO, José. "Masculinidades y homosexualidades: La emancipación de la norma y la resistencia del deseo". Departamento de Psicología, UPR, San Juan. (s.f). <http://jtoro.uprrp.edu/Articulos%201/Masculinidades%20y%20homosexualidades.pdf>
- VALENTE, Ignacio. Reseña de *El picadero*. En *El Mercurio*. 27 octubre 1974. p.3.
- VALENTE, Ignacio. "La odisea de Couve". En *El Mercurio*. 19 abril 1998. <http://www.lettra2.s5.com/couve0511.htm>
- ZAMBRA, Alejandro. "Corregir hasta que duela". En *No leer*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010. pp.35-36.